

eam cum omni lætitiâ ut et in posterum cognoscatur.

Y vos, Virgen purísima, á quien bajo el título de Valverde celebramos, no os olvidéis de esta vuestra heredad predilecta, que siempre os ama, que siempre os bendice y os aplaude. Es verdad que nuestras culpas han irritado la justicia divina y han motivado vuestro enojo, pero sois Madre de pecadores y por lo tanto esperamos que presentando vos ¡oh Madre de misericordia! nuestro arrepentimiento á vuestro Santísimo Hijo, á fin de que alcancemos la gracia y el perdón, y muriendo con la muerte de los justos, seamos un día participantes de las delicias de la gloria. Amen.

SERMON

DEL

DULCÍSIMO CORAZON DE MARÍA SANTÍSIMA.

Convenite et ingrediamur civitatem munitam.

Congreguémonos y refugiémonos en la ciudad fortalecida.

Jerem. cap. VIII, v. 14.

Religioso coro de Vírgenes del Señor: pueblo católico: Cuando contemplo lo grandioso del objeto que reuniéndonos hoy bajo las bóvedas de este augusto Santuario, nos agrupa en derredor de la imágen de la mas pura, de la mas santa, de la mas perfecta y privilegiada de todas las criaturas, al par que mi corazón se llena de júbilo y alegría, un sentimiento de temor me abate y me confunde. La oratoria desplegó en todos tiempos sus galas en loor de la bendita Virgen de Judá, escojida entre millares, para que se efectuára en ella el gran misterio de la Encarnacion del Verbo: y cuando los Padres de la Iglesia y los mas sublimes ingenios de todos los siglos han sido los panegiristas de sus virtudes y los cantores así del poder que por Dios le ha sido comunicado, como de la ternura y piedad de su corazón amante, ¿qué os podrá

decir el menos elocuente de los oradores evangélicos? ¿De qué expresiones deberé valerme para persuadir de las grandes ventajas que resultan á los fieles de abrazar la devoción hermosa del Corazón dulcísimo de la Reina del Amor Hermoso, Madre del Redentor, y Co-redentora de la humanidad? Empero bien conozco que necesitaré hacer pocos esfuerzos, porque el amor á la Santísima Virgen María tiene profundas raíces en los pechos españoles. ¿En qué rincón de nuestra Península no tiene altares? ¿Dónde dejan de resonar diariamente sus alabanzas? ¿Qué católico no la invoca cada día esperando por su mediación conseguir del dador de todo bien el remedio de sus males?

María, mis señores, desde que la religión estaba en su cuna fué el tierno objeto del amor de los cristianos, y apenas esta misma religión salió de las catacumbas y empezó á estenderse por toda la tierra, empezaron á dedicarse muchos templos á su nombre. Ni podía ser de otro modo: instruidos en el Evangelio los cristianos de los primeros siglos, comprendieron todo el valor de aquella manda y precioso legado con que Jesucristo nos enriqueció, cuando pendiente del árbol de la cruz, se desposeyó del título de Hijo de María y nos la dejó por Madre á todos los hombres, siendo su voluntad que así como El es el único mediador de propia autoridad y excelencia, interpuesto entre los hombres y su Eterno Padre, fuese su Madre medianera de intercesión para con El, siendo el conducto, como dice San Bernardino de Sena, por donde se comunicasen á los hombres los mas abundantes raudales de las divinas misericordias.

Acaso ¿servirá de mofa al moderno escepticismo

el que nosotros veneremos y consagremos culto al Corazón de la Santísima Virgen? Riase en buen hora el impío: nosotros que autorizados por la Iglesia consagramos á la Madre de nuestro Dios culto de *hiperdulia*, veneramos con regocijo su Corazón amante, porque él es el depósito del divino amor y de las eternas misericordias. Es, despues del de su Divino Hijo Jesus, el Corazón mas digno de ser amado: sus dulces pulsaciones son siempre de caridad para sus hijos: el Corazón de María es el espejo del Sacratísimo Corazón de Jesus. ¿Quién ignora que fueron grandes sus relaciones con la Divinidad? Elegida en los consejos de la Trinidad Beatísima para Hija del Eterno Padre, Madre del Divino Verbo y Esposa del Espíritu Santo, no hubo jamás, ni habrá en los tiempos futuros, criatura mas colmada de gracia, porque esta, segun la doctrina del Angélico Maestro, la concede el Señor á las criaturas, segun la dignidad á que las destina. ¿A qué grado de bondad llegará, pues, el corazón de esta Santísima Señora?

Muchas son las festividades con que la Iglesia celebra á la Bienaventurada Madre del Salvador, pero yo confieso que la que hoy nos reúne en este Santuario, es la que regocija y llena de ternura mi Corazón. María es nuestra reina y es nuestra madre, ¿qué cosa mas propia y natural que dirigir obsequios al corazón purísimo de una Soberana y una Madre, que nos ampara, nos defiende y protege en medio de un mundo en que vivimos rodeados de peligros? Recordad tan solamente que el Corazón de María, suministró la sangre de que fué formado el Cuerpo Sacrosanto de Jesucristo, sangre preciosísima que derramó por nosotros en el árbol sacrosanto de la cruz, y conoceréis que el

Corazon de esta bendita Madre es digno de nuestro amor y del culto que la tributamos.

Mi objeto es, pues, en esta mañana, en la que me habeis honrado con vuestra confianza, que os alenteis en vuestra devocion al Corazon dulcísimo de la Santísima Virgen, y para ello os demostraré las perfecciones de que ha sido adornado, y el grande amor que nos profesa. De este modo se alentará nuestro amor y gratitud, y conociendo cuanto podemos esperar de tan cariñosa Madre, trataremos por nuestra devocion de refugiarnos en ese Corazon precioso, ciudad fortalecida, dentro de la cual nada tendremos que temer de nuestros enemigos: *Convenite et ingrediamur civitatem munitam.*

Alcanzadme ¡oh Madre del Redentor! la gracia que nos es indispensable para hablar dignamente de ese Corazon amante, de ese templo vivo del Espíritu Santo. De este modo supliendo la gracia lo que á mí me falta de elocuencia, mis palabras serán saetas de amor que inflamen los pechos de mis oyentes. Atended, Señora, á nuestras súplicas, ínterin nosotros os saludamos respetuosamente con las palabras mismas que os dirijiera el celestial Parainfo. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Concluida la grande obra de la creacion, el Omnipotente contemplaba desde la altura de los cielos las obras admirables que habian salido de sus manos, y no se dispensó á la complacencia en sus efectos. Esos brillantes globos de luz que adornan la bóveda del firmamento; los anchurosos mares con sus preciosidades, los rios, las fuentes, los árboles, la variedad de

animales que estaban esparcidos por la tierra; el ave-cilla que suspendida sobre débil rama entonara himnos armoniosos, todo hallaba gracia en sus divinos ojos. Empero el hombre, obra maestra de la creacion, digámoslo asi, era el objeto mas amado para el Soberano Artífice. Al formarle habia dicho: «Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza (1).» Y en efecto, el hombre fué la obra mas perfecta de la creacion: adornóle el Señor de un alma racional con potencias que le ennoblecen y le separa de los irracionales, y dióle un corazon sensible; de suerte que sus sentimientos nobles pudiesen ser su guia en un mundo donde era constituido rey, porque todo estaba por voluntad de Dios sujeto á su dominio. Asi el hombre, á diferencia de los demas seres creados, era capaz de conocer á Dios, amarle y rendirle homenaje de adoracion y gratitud.

¿Qué ha sucedido, mis señores, que asi ha trastornado los planes de la Providencia? ¿Qué nube es esa que ha oscurecido el cuadro de la naturaleza? ¿Por qué Adán se esconde presuroso entre los arbustos del jardin de Eden? ¿Por qué aquel Dios que poco há se complacia al contemplar sus obras, ahora deja oír su voz airada y muestra estar arrepentido de haber hecho al hombre (2)? ¿Mas qué digo! Pecó el hombre, y ya nada podia hallar gracia en los divinos ojos del Hacedor: multiplicanse los hombres; pero inficionados todos en su origen, no habia un solo corazon tan puro y tan perfecto como era el del primer hombre antes de su caida. ¿Y habrá de perecer la humanidad? ¡Ah! cuán grandes é incomprensibles son los tesoros

(1) *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.*

(2) Génes. cap. VI, v. 7.

de la divina misericordia! La redencion del hombre es decretada, y en los altos consejos de Dios Trino y uno determinase la Encarnacion del Verbo, y que esta Encarnacion se verificase en el vientre de una Virgen Purísima, dotada de un corazon immaculado, y en la que ni por un solo instante tuviese parte el demonio.

Ved aquí, mis señores, una segunda obra mas sublime que la primera: se trata de formar la criatura singular que ha de producir al Salvador del linaje humano, y cuyo corazon ha de ser templo de la Divinidad. Ser Hija, Madre y Esposa de Dios es su destino, tener encerrado por nueve meses en su cláustro virginal al que no abarca el cielo ni los cielos de los cielos; comunicarle la sangre emanada del su corazon; alimentarle despues con el nectar de sus pechos; sostenerle entre sus brazos y estrecharle en su corazon, tales son los officios de la Maternidad á que ha de ser elevada y está mujer sin semejante esperada con anhelo y anunciada al mundo con símbolos y figuras misteriosas por aquellos mismos justos del Testamento Antiguo que vivian en la fé de Cristo venturos. Meditad por un momento tan elevado destino: considerad que fué hecha por la mano del Omnipotente para que fuese su Tabernáculo; contemplad que es el tálamo augusto del mismo Dios, y que en sus brazos cayó desfallecido de amor el Verbo Eterno y conoceréis cuán incomprendible es su grandeza y cuántas perfecciones están depositadas en su dulcísimo corazon. No hay virtud ¡oh Reina del cielo! esclama el Padre San Bernardo, que no resplandezca en tu corazon, y tú sola posees en todo su grandor cuantas virtudes se hallan repartidas en la multitud de los santos.

En efecto, mis señores: predestinada María á la gloria antes que ninguna otra criatura, sin esceptuar á las angélicas, es santificada no solo en su nacimiento, sino aun en su misma concepcion, en la que fué llena de toda gracia. Ella pertenece al género de las criaturas humanas, empero por un privilegio singular, á ninguna otra criatura concedido, fué libre y exenta de la mancha original en que todos nacemos envueltos: su corazon immaculado ni por un instante conoció la culpa. Ni podia ser de otro modo, puesto que debiendo ser el reclinatorio de la Divinidad y el mundo, como dice el Santo Abad del Clarabal, de toda la Santísima Trinidad, debia poseer un corazon que pudiese identificarse con el de su Hijo Jesus. ¿Deseais conocer toda la perfeccion de ese dulcísimo Corazon, que es hoy objeto de nuestro culto? Pues demos algunas pinceladas en el cuadro de su admirable vida: mas antes para desahogo de nuestra devocion, citaremos algunas de las glorias ó figuras con que fué anunciada al mundo en las sagradas páginas del Testamento Antiguo. Dificil tarea seria ciertamente, y muy superior asi á mi inteligencia como á los límites del discurso, el ir registrando cada uno de los sagrados libros, para ir entresacando los sublimes anuncios de la bienaventurada Madre del Salvador. Fijémonos, pues, tan solo en los libros de los Proverbios y del Eclesiástico. En el primero; la hace hablar el inspirado Salomon de este modo: «El Señor me poseyó en el principio de sus caminos, antes que criase cosa alguna. Desde la eternidad fuí ordenada, y antes que la tierra fuese hecha en los primeros dias. Aun no existian los abismos, ya habia sido concebida: aun no habian brotado las fuentes de las aguas: aun no se habian sen-

»tado los montes sobre su pesada masa, antes que
 »apareciesen los collados, los rios y los cuatro ángulos
 »del orbe, ya habia yo sido dada á luz en la mente
 »del Altísimo. Cuando preparaba los cielos, estaba yo
 »presente: cuando con ley cierta cercaba los abismos:
 »cuando afirmaba la rejion etérea y equilibraba las
 »fuentes de las aguas: cuando circunscribía á el mar
 »su término y ponía ley á las aguas para que no pasa-
 »sen sus límites: cuando establecía los cimientos de
 »la tierra, con El estaba yo concertándolo todo (1).»

Sí, Virgen purísima: Tú eres la predestinada á la Gloria antes que ninguna otra criatura; y no podia ser menos, puesto que tu altísimo destino era encerrar en tu cláustro virginal al que no cabe en los cielos por su grandeza y Majestad. *Quem cœli capere non poterant, tuo gremio contulisti.* Leed, mis señores, el sagrado libro del Eclesiástico y la vereis comparada al cedro del Líbano en su exaltacion, y tambien al ciprés del monte de Sion (2). Me he elevado, dice despues, como la vistosa oliva de los campos, y como plátanos en las plazas junto al agua: como cinamomo y bálsamo aromático de fragancia, y como mirra escogida de suavidad de olor (3).

Empero no nos detengamos, mis señores, y si hemos de conocer la perfeccion del Corazon amante de esa criatura escogida y privilegiada de un modo singular y maravilloso, contemplémosla ya desde el momento en que cual lucero hermoso que precede al Sol Divino de Justicia, aparece para felicidad de la humanidad entre nosotros.

(1) Prov. cap. VIII.

(2) Eccli. cap. XXIV, v. 17.

(3) Ibid. v. 18, 19 y 20.

Y desde luego, Jesucristo fué el primer predestinado: María fué la segunda, y si como dice San Pablo, los predestinados deben ser hechos conforme á la imágen de Jesucristo, para que el sea el primogénito entre muchos hermanos (1), María fué una verdadera imágen de aquel que la habia escogido para tomar nuestra naturaleza y recibir la sangre de su mismo Corazon. Despues del de su Divino Hijo, no hubo, ni habrá un corazon mas perfecto, y unas virtudes mas sólidas que las de María: ora la contemplemos humildísima en su mayor elevacion, ora reducida á la mayor pobreza, ya atribulada en los padecimientos del Hijo de sus entrañas, ya sufriendo así los crueles dolores del Calvario como la amargura de su soledad, siempre descubriremos las perfecciones con que el Eterno adornó su Corazon. Discurremos con orden.

María, templo escogido, donde habia de habitar la Majestad del Verbo, habia sido criada en la inocencia original: la culpa no podia inficionarla, y sin embargo, su corazon, que es todo de Dios la hace huir del mundo, cual si el mundo pudiera prenderla en sus funestos lazos. Aun se halla en la edad de la niñez; no cuenta mas que tres años de edad, y obrando en ella la reflexion con más perfeccion que pudiera obrar en una otra persona de madura edad, dirige sus pasos al lugar de la santificacion, al templo, para allí entregarse, sin ningun género de estorbo, al servicio del Señor. ¡Qué es esto, angelical criatura! ¿Asi te apartas de las caricias de unos padres que te aman y que en poseerte encuentran su dicha y su

(3) Nam quos præavit et prædestinavit conformes fieri imaginis Filii sui, ut sit ipse primogenitus in multis fratribus. Ad Rom. capitulo VIII, v. 29.

consuelo? ¿Así abandonas sin volver la cara atrás á tus santos progenitores? ¿Pero qué pregunto? María, mis señores, tiene un alma grande, un corazón recto y purísimo: sus obras son inspiraciones de la Divinidad: seguid sus pasos y vereis que en el templo es la admiración de los mismos sacerdotes. La esterilidad era en aquellos tiempos una deshonra; María se consagra á Dios y nada le importa el mundo y cuanto pueda juzgar de ella: su corazón es el más puro, el más casto de todos los corazones, y solo por obedecer los decretos de la Providencia, lleva á efecto su matrimonio con el bendito José. ¡Pero qué matrimonio! Un hombre virgen se une á una mujer inmaculada; un corazón puro, á otro más perfecto; el más santo de los hombres, se une á la más santa de las mujeres: y José que es verdadero esposo de María, es el protector, el guardian y custodio de su virginidad. Cielos y tierra, dice el canciller de París, no vieron alianza más feliz.

Aun he dicho poco, mis señores, para haceros comprender toda la castidad y pureza del Corazón de la Santísima Virgen. Entremos con nuestra consideración en el retrete donde la Esposa de José se entrega al fervor de la oración, en aquellos momentos en que iba á recibir la nueva de su maternidad. Un ángel es el embajador de Dios: sin embargo, María se turba á su vista, y sus ojos se fijan en la tierra. Se le anuncia que vá á ser Madre del Verbo Eterno, pero ella no vacila un momento en preferir su virginidad á tanta honra. ¿Cómo puede ser esto cuando no conozco varón (1)? Y solo al descubrirle

(1) P. D'Argentan: Grandezas de la Virgen, cap. XIV.

el mensajero celeste el gran misterio que por obra del Espíritu Santo iba á verificarse en sus entrañas, es cuando dá el consentimiento, cuando pronuncia aquel *fiat* que los Padres comparan al *fiat* del Omnipotente en la creación. Palabra admirable, que pronunciada por Dios, sacó al universo del caos de la nada; y pronunciada por María, sacó al Hijo de Dios del seno de su Padre.

Empero no apartaremos nuestra vista del alcázar de María sin admirarla primero hecha un prodigio de humildad: precisamente un corazón casto ha de ser también un corazón humilde: llénanse los hombres de orgullo por haber nacido hijos de padres opulentos y haberse mecido en dorada cuna, ó tal vez por cubrir sus pechos con esas distinciones inventadas por la vanidad humana, cual sino fuesen del mismo género que los demás hombres, y no estuviesen sujetos á las miserias de nuestra flaca naturaleza, á las enfermedades y la muerte; miran con desden y tratan con desprecio á aquellos de sus semejantes, cuyo nacimiento fué humilde. ¡Triste condición de la humana naturaleza, que revela toda la pobreza y miseria de las criaturas!

¿Qué es, comparada con la de María, toda la grandeza de la tierra? Si registramos su noble ascendencia, veremos que desciende de reyes, profetas é ilustres capitanes, y en su árbol genealógico, vemos entre otros no menos célebres, los nombres de un Isaac, un Jacob y un Judas: siguen á estos Phares, Esron, Aram, Aminadab, Naasson, Salmon y Jessé, con David, Salomón, Roboam, Josías y Eleazar. ¡Ah! ¡Qué cuadro más sublime! Y María que se vé obligada á vivir en la oscuridad y pobreza, no obs-